

La
maldición
de las víboras

La maldición de las víboras.

El colectivo de larga distancia les dejó a cinco kilómetros del parque nacional Río Pilcomayo en Laguna Naineck, un pueblo en el noreste argentino.

Los hermanos llegan a pie a la reserva para acampar y continuar el viaje al día siguiente. El peso de las mochilas hizo que el recorrido fuera más complicado y con un calor que incluso acelera el ritmo cardíaco por su intensidad, toda esa polvareda y vegetación amarillenta por la sequía. Al llegar a la reserva beben casi toda el agua que traían, agua que para sus paladares sedientos hierve como para tomar mate. Se detienen a descansar bajo una sombra soltando sus mochilas como si fueran cruces que llevan décadas arrastrando.

Anaíz espera a que su hermano hable con los guarda parques agotada y orgullosa por la travesía mientras un viento juega con su cabello, un viento que pareciera soplar desde un motor en marcha o de algún volcán cercano. Hay pocos pájaros cantando y sólo las chicharras hacen acto de presencia con su caótico sonido. En el parque hay vegetación apagada, unos bancos y mezas de madera ancladas a la tierra junto a unas parrillas para almorzar al aire libre y unas cabañas a unos cien metros.

Cuando busca su celular para capturar los amarillentos pastos y las polvorientas plantas con colores apagados en una foto la muchacha ve una víbora escabullirse entre las malezas. Lejos de espantarse se emociona al ver esos colores tan especializados en camuflarse con la maleza reseca del suelo.

Entonces es sorprendida por un anciano que pareciera haberse materializado de la nada ya que segundos antes contempló su alrededor y no había ninguna persona cerca. Tras un susto contenido el anciano le da una rara advertencia:

—Ay que tener cuidado...en cualquier lado puede haber una víbora, ignorá'le nomás.— dijo—no hay que matarlas, o se va a enoja' Mbói Tu'i.

Los pasos de su hermano mayor le distraen y cuando voltea a ver al viejo este ya no está.

—El guarda dice que podemos quedarnos lo que queramos, solo nos pidió que no pongamos música fuerte, no hacer basura, que no nos metamos al río por las pirañas y que no molestemos a las víb...¿pasó algo?.

Federico nota a su hermana confundida.

—No...¿no viste a un viejo por acá?

—No, ¿porqué?

—No...por...nada...

Ignora la extraña aparición e instalan la carpa.

Tras casi un día de viaje en colectivo más todo ese calor y polvo del camino se turnan para darse una ducha en los baños para turistas.

Fede yo nos habíamos quedado sin trabajo.

En realidad yo rechacé la invitación de una tía que me invitó a ir a trabajar a España en su casa pero no me gusta mucho la idea la verdad. Estoy cansada y todos estos años cuidando de mamá me hizo hasta estancarme en la facultad asique, al diablo. Lo mismo con Fede, por ayudarnos a mamá y a mi tubo descuidos en el trabajo y le echaron.

En fin, el repentino fallecimiento de mamá nos tenía con la cabeza a punto de estallar, así que salimos de vacaciones sin tiempo determinado con destino a Buena Vista, el pueblo donde creció mamá. Ahora estamos en el parque nacional Río Pilcomayo en Laguna Naineck, otro pueblo a 30 kilómetros de nuestro destino.

Prometí empezar un diario cuando me aleje de la ciudad y ponga un pie fuera del colectivo y acá estoy, empezando un nuevo capítulo en mi vida.

Escribe ella en la primer hoja de su diario después de juntar leña y recorrer un sendero marcado por letreros que recorre una pequeña parte de los montes. Su hermano tarda tanto que incluso tiene tiempo de acercarse al río. Encuentra un lugar lleno de camalotes y las ruinas de lo que un día fue un mirador, una pasarela de madera en mal estado, un letrero

de “No alimente a los animales” y otro de “Cuidado, hay pirañas”, dos quinchos para que los turistas se tiren a nadar, uno completamente destruido y el otro a unos quinientos metros quemado con algunas maderas sobresaliendo del agua. En la zona no hay señal y de a poco da comienzo su batalla contra los tábanos que la acechan.

Luego de hablar con el guarda comprende que no es posible que su hermano se pierda ya que solo hay un camino al parque, el problema es que el kiosco más cercano está a casi dos kilómetros. Ya mas tranquila prepara el fuego picando las ramas con un machete que le prestó el guarda y tal como dijo este, Federico tardaba por la distancia al kiosco más cercano.

Cenan unos chorizos con chinchulines y riñones, comparten unas cervezas. Admiran la enorme cantidad de estrellas en el cielo mientras pelean con una horda de mosquitos que se suman al festín. De noche la temperatura baja muy poco y las chicharras hacen un poco más de silencio, recién cuando el sol se fue por completo la brisa es fresca.

Ya estaban apagando el fuego para irse a dormir cuando Anaíz ve la silueta del anciano caminando a duras penas por la calle.

— ¡Fede!

— ¿Qué?

Su hermano pone la vista donde ella está mirando.

— El viejo que te conté.

— Ah, sí, me lo crucé cuando fui a comprar, “no mates a las víboras porque no se quien se va a enojar” También me dijo eso.— dijo empuñando en su mano el machete que les prestó el guarda.— Por si viene a joder.— intenta calmarla en vano.

Cuando Anaíz se va a acostar encuentra una pequeña víbora verde a punto de entrar a su carpa, no pudo evitar gritar del susto y su hermano reacciona rápido y con el machete intenta sujetar la cabeza de la víbora.

— ¡No la mates!

Gritó ella sucumbiendo al horror y él por la borrachera tropieza y con una mala fuerza termina decapitándolo al animal sin querer.

— ¡Carajo! Espero que el guarda no la encuentre.

Mira a su alrededor, no ve más que la luz de la cabaña del guarda y al cerciorarse que nadie le vio arroja la víbora muerta al yuyal para que no lo vean los guarda parques.

Un escalofrío sacude sus cuerpos ante tal acontecimiento, por un instante, la noche se volvió fría y aquel paisaje lleno de estrellas y luciérnagas danzando se vuelve un abismo constrictor que les oprime el pecho.

Esa noche Federico tiene una pesadilla en donde camina solo en el parque aun de noche cuando un movimiento entre las malezas llama su atención.

— ¿Anaíz?

Dijo pero nadie contesta y entonces le ataca una serpiente enorme, de aproximadamente cuarenta centímetros de ancho y una longitud de ochenta metros. Una víbora descomunal que se enrolla sobre él muy rápido y con una fuerza tal que luchar es completamente inútil, con dos movimientos tiene los brazos rotos y sujetos, después ambas piernas son trituradas por el monstruo y recién entonces ve con detalle a la criatura. Para su horror no es una serpiente común, tiene plumas alrededor de la cabeza, plumas del tamaño del machete con el que decapitó a la víbora, verdes de varias tonalidades, la extensión de la criatura le lleva a creer que no tiene fin e incluso ve patas en algunas partes de ese monstruo infinito, aferradas a árboles y al suelo con forma que le recuerda a las de los dinosaurios aunque mas se parece a las patas de un ave si existiera alguno de ese tamaño. Acto seguido su columna se rompe y le falta el aire y solo entonces la bestia asoma la cabeza y deja comprender su forma: un loro.

Uno con tamaño suficiente para levantar una moto de gran cilindrada en su pico y partirlo al medio de una mordida. La criatura le arranca la cabeza y es ahí cuando Federico despierta gritando. Transpirado, con los pantalones mojados y con un temblor en el cuerpo que jamás ha sentido, tan rápido como puede sale de la carpa y vomita mientras considera un milagro poder moverse.

Anaíz se despierta por el grito de su hermano e intenta ayudarlo, le cuesta tranquilizarlo, Federico ve a si alrededor y reacciona ante cualquier sonido. Él se calma de a poco pero el horror permanece en sus ojos, ella lo abraza y siente el corazón de su hermano golpear tan fuerte que la estremece también.

...ese fue solo el principio...las alucinaciones empeoraron en una o dos horas, confundía todo con serpientes, ramas, cuerdas, sombras, incluso los chinchulines que quedaron de la cena, le di de tomar un té y al medio día, ya que lo único que tenía para darle eran fideos, obviamente los confundía con pequeñas serpientes. Empiezo a asustarme, hablé con él y no comió ninguna fruta ni nada para decir que estaba bajo efecto de algún alucinógeno o algo parecido.

Para el medio día escuchaba loros y también le aterraba, yo escuché muy pocas veces a los loros cantar, de vez en cuando uno que otro al pasar volando pero nada más, él en cambio les escucha todo el tiempo y yo para tranquilizarlo le digo que estamos en el campo y que debe ser normal el canto de esos animales, le digo que deben estar en época de apareamiento.

Ya no se que hacer, estamos a 10 kilómetros del hospital más cercano y no tengo ni una pizca de señal. Esto se me está yendo de las manos, tengo que buscar ayuda.

Anaíz va por ayuda y cuando describe los síntomas de su hermano al guarda parques la expresión en su rostro la desconcierta.

—De casualidad. ¿No mataron una víbora ayer? ¿A la noche ni de madrugada?

Pregunta Dariel, el guarda parques.

—¿Y eso que tiene que ver? Mi hermano está intoxicado o...

—¿Si o no?!-

—...sí, pero fue sin querer él sólo quiso impedir que entrara a mi carpa, por favor, necesitamos llevarlo al hospital...

—¡Nderacore! ¡Se les dijo que no maten a las víboras!—(Nderacore: maldición en guaraní que en este caso la expresión podría significar “Putra madre” o “Carajo”)

Dariel se apresura hacia la carpa y Anaíz le sigue.

—¡No me levantes la voz! Pagamos multa o lo que sea pero Fede necesita atención médica ya!

—¿Una multa? ¡Señorita, ojalá su situación se pudiera arreglar con una multa!

Con prisa y desespero los dos buscan la víbora que Federico mató la noche anterior pero no la encontraron, Anaíz no entiende el porqué pero en menos de una hora después un grupo de vecinos vino a peinar los alrededores en busca del cadáver y nada, algún animal se lo llevó.

Al caer la noche aparecieron moretones en el cuerpo de Federico, su postura corporal daba la impresión de estar dentro de un recipiente muy estrecho y respira con dificultad permaneciendo inconsciente. Para tranquilizar a Anaíz llamaron a una ambulancia pero al llegar y enterarse que el chico había matado una víbora se resignan por completo haciendo que la pobre caiga en desesperación. Ni llamando a la policía pudo hacer algo, solo veían con lástima la situación del muchacho.

A la madrugada toda la gente que vino a buscar el cadáver de la víbora se marcha, dejándola sola con el guarda junto a una fogata en donde habían cocinado el asado improvisado la noche anterior, Anaíz ve como los huesos de su hermano se quiebran como si estuvieran siendo aplastados por una fuerza invisible, algo que solo afecta a su cuerpo.

—¿Este lugar está maldito, verdad?—pregunta ella después de casi una hora de mirar el fuego sin decir una sola palabra.

—Ese viejo que aparece y desaparece, y todo esto empezó cuando Fede mató a esa víbora.

Dariel sabe que ya no puede rehuir a la pregunta, la chica merece respuestas y tras un pesado suspiro se rasca la cabeza como buscando las palabras adecuadas para no quedar como un loco pese a tener pruebas de su explicación dentro de la carpa de Federico.

—Quiero que te tranquilices y que me acompañes, te voy a mostrar lo que le pasa a tu hermano.

Daniel la lleva a una biblioteca pequeña dentro de su puesto de control, abre un libro que ella esperaba que sea un volumen de biología pero el libro lleva de título “Leyendas y mitos guaraníes”.

Hojea el libro hasta una página que lleva una ilustración de trazo sucio y grotesco: una serpiente con patas, plumas y cabeza de loro. Debajo del dibujo está el nombre de este, Mbói Tu’i”.

Dariel se aclara la voz y empieza a explicarle todo a la chica.

—Originario de Paraguay, Mbói Tu’i. Mbói es víbora o serpiente y Tu’i es loro en guaraní. Cuando la religión cristiana llegó a esta parte del mundo con los europeos, los colonizadores y sus creencias decían que el diablo se disfrazó de serpiente y tentó a Eva, por lo cual los nativos que nacían bajo este nuevo orden religioso, veían a las víboras como la reencarnación del diablo y empezaron a matarlas siempre que las veían, dejaron de respetarlas y las aborrecían. Al ver

que los nativos creían los relatos de los invasores, puras mentiras, el segundo hijo de Taú y Kerana, Mbói Tu'i, se resintió cuando el hombre mataba víboras sin intención de alimentarse, a penas veían una la mataban porque algunas son venenosas y en aquel entonces era peligroso para todos, aparte también se comían a animales pequeños que el hombre domesticó como gallinas o sus huevos. Mbói Tu'i es protector de los animales acuáticos y los humedales, no es carnívoro pero decidió castigar al hombre extendiendo una maldición sobre las víboras que eran asesinadas injustamente y demonizadas por puras patrañas de un Dios tirano. Desde entonces, siempre que matemos una víbora, Mbói Tu'i vendría a quebrar nuestros huesos y comerse a quien no cumpla con su mandamiento. Aquel que dio muerte al animal va a morir y los cómplices serán visitados siempre por serpientes a cualquier hora y en cualquier lugar, tentando al cómplice a matar una para llevárselo a la tumba. Pero si se da entierro al animal muerto en menos de un día puede que Mbói Tu'i no le quite el aire a tu hermano.

Anaíz rompe a llorar.

—Ahora estoy maldita.

Los hermanos solo fueron de viaje e hicieron una parada, y ahora por un error ella será acosada por la maldición de por vida.

Anaíz no pudo salvar a su hermano. Cuando despierta a la mañana siguiente encuentra a su hermano con cada músculo y tejido completamente disuelto entre sus huesos quebrados, un cúmulo de fluidos sanguinolento. Mbói Tu'i ya casi termina de digerirlo. Lloro y grito de dolor por la pérdida, impotente, destrozada, maldita. Al medio día ya solo quedan huesos, para la noche a la misma hora en que Federico mató a la víbora ya no queda nada, ni una gota de sangre, ningún hueso, nada más que la ropa que llevaba puesta.

Anaíz se aleja de Nainck y vuelve a la capital del país a empezar de nuevo pero es acosada para siempre por serpientes reales. Mantiene contacto con Dariel y se mandan audios por WhatsApp a menudo.

—El anciano flacuchento que advierte sobre la maldición... no existe, es Mbói Tu'i advirtiendo en persona sobre la maldición adoptando una forma humana— Le dijo Dariel.— Tratá de no hacerle caso, no puede tocarte ni hablarte una vez que sabés de la maldición, solo mostrarse de lejos.

—Entiendo.— Responde ella arrastrando una enorme maleta mientras hace fila en el aeropuerto de Ezeiza, Buenos Aires.

—Estuve pensando lo que me habías preguntado, eso de que porque solo en esta zona Mbói Tu'i hace cumplir su ley, debe ser por la destrucción de tantos bosques y esteros, esos ecosistemas deben ser la fuente de su fuerza y como todo está tan contaminado ya no tiene el alcance que tubo alguna vez. A parte, no hace mucho escuche una leyenda que decía que la maldición no llega muy lejos de donde habitaron los guaraníes asique vos vas a estar bien allá en España. Bueno señorita, espero que esté bien y sobrellevando el acoso de las víboras de la mejor forma posible, en fin, saludos, cuidáte mucho...-

Dariel se despide mientras quedan dos personas para entregar las maletas grandes. Escribe un mensaje en respuesta al audio y con el raballo del ojo ve la cola de una víbora esconderse tras un tacho de basura. De inmediato cierra los ojos y respira profundo. Entrega su maleta y se prepara para subir al avión.

Ella nunca va a dejar de estar un poco asustada, está condenada a estar alerta por lo que le queda de vida y solo tiene como desahogo su diario, nadie le va a creer semejante historia.

Todo aquello era tan difícil de creer, todo ocurrió como el guarda parques había dicho. Aparecieron moretones en su piel por la rotura de los huesos...Los gritos de dolor eran horribles, cada vez le costaba más respirar...

La maldición es real...

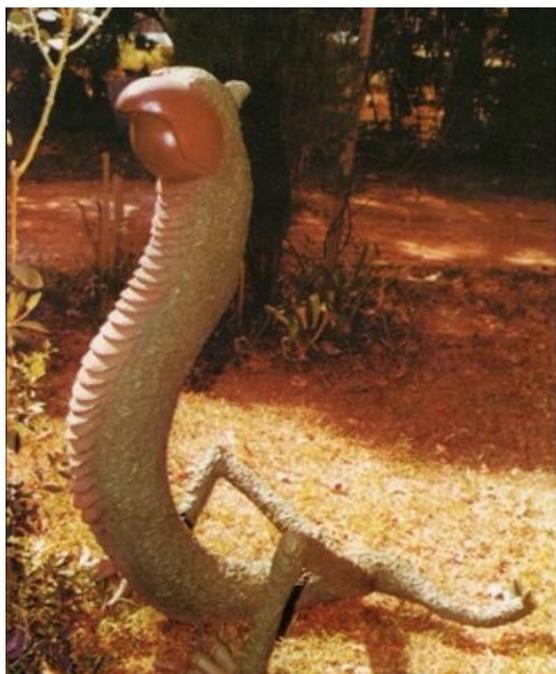
Esa mañana vi a mi querido hermano convertido en un montón de mierda y huesos. Mboi Tu'i se lo había comido, digerido sin que pudiéramos hacer nada...mi hermano, mi compañero, mi mejor amigo, mi única familia...

Estoy muy asustada y estresada, encuentro víboras en mi zapato, en el baño, en el patio, por todas partes. A veces con más frecuencia, a veces hasta me olvido de ellas, a veces cuando estoy sola, el otro día por ejemplo había una en mi cama. Parece que estoy lejos de acostumbrarme a ellas, a ellas y las sorpresivas apariciones de ese tétrico anciano que solo yo puedo ver, pero fuera de eso estoy bien. No hay escape de la maldición ya sea por matar una víbora y no enterrarla o por ser cómplice y no hacer nada. No hay salida de la maldición de las víboras.

FIN.

NOTA DEL AUTOR: En realidad Mbói Tu'i es el segundo hijo de Taú y Kerana y uno de los siete monstruos legendarios de la mitología guaraní. Solo se alimenta de frutas como la naranja agria, se le encuentra en los grandes esteros y pantanos. Es considerado protector de los animales acuáticos.

Me tomé algunas libertades creativas para esta obra ya que en la leyenda Mbói Tu'i no hace nada de lo mostrado en el texto, es una ficción sobre un ser mitológico, un guiño a una criatura que me gusta mucho de la leyenda local.







La
maldición
de las Víboras